

el mundo, y le hiciese conocer no solo la horrible fisonomía de sus extravíos; sino el remedio que era preciso aplicarle. Esa luz aparece en efecto, y al verla, debió de alegrarse todo el género humano, y especialmente los pobres, los seres débiles y desgraciados.

Nace el Salvador, aparece al fin esa luz indeficiente de eterna verdad, que á la vez que brilla en las inteligencias de todo hombre de buena voluntad, penetra hasta lo íntimo del corazón más depravado, que se docilita á escuchar sus saludables enseñanzas. Para abatir la soberbia, hasta entónces dominante, nace de una humilde Vírgen y pobre doncella, que habita en un rincón de la Judea: su alcoba es un establo, su cuna un pesebre y los que forman su cortejo unos pobres y humildes campesinos, que carecen de toda representación.

Notables serán siempre las palabras de ese mismo Dios hecho hombre, consignadas en el Evangelio, al comenzar los primeros actos de su misión divina. Los discípulos de San Juan le preguntan: si era ó no el Mesías que había de venir, les dice: hagan saber al Bautista lo que veían y oían: y lo que veían y oían eran portentosos milagros, obrados por la mano de Aquél, de cuya misión al parecer se dudaba. Que los ciegos vieses y los muertos resucitasen, se comprende bien fuesen considerados como milagros; pero ¿qué tiene que ver con esto,

que á los pobres les fuese anunciado el Evangelio, hecho que alega Jesucristo para probar la legitimidad de su misión? Claro es: que cuando el Salvador alega como un milagro el que los pobres fuesen evangelizados, al desempeñar la misión que le ocupaba en la tierra, no era ni común, ni conocida una enseñanza, que consolara á los indigentes, ó que había infinitas dificultades para darla, como las había en el orden natural para hacer que viese un ciego, ó resucitase un muerto. Ni podía ser de otra manera: en aquella época de tan corrompidas costumbres, fecundo origen de placeres y de modos para satisfacerlos, el egoísmo hinchaba los corazones, sacrificando al fausto no solo las riquezas, sino los hombres que por razón de su distinta posición y escasa fortuna, los consideraba como de diferente especie. Milagro y muy estupendo debía ser, el que fuese anunciado el Evangelio á los pobres, á cuyos oídos no había llevado la filosofía ni una palabra de consuelo, ni el paganismo una frase de esperanza. Para ellos pues, consagra Jesucristo Nuestro Señor su preferente atención. Si como Maestro ha de enseñar su divina y pura doctrina, reunirá en torno suyo doce humildes y pobres pescadores, á quienes manda abandonen lo que poseen para seguirle y entre las máximas fundamentales de enseñanza que les trasmite, una de ellas son estas: *Bienaventurados los pobres de espí-*

*ritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.* Su reino en la tierra, había de establecerse ofreciendo el contraste ó el milagro, de que los sabios fuesen confundidos por los ignorantes y los fuertes y poderosos por los débiles. *Id, les dice; id por todas partes y enseñad á todas las gentes. Con el mismo poder con que mi Padre me ha enviado, yo os envío á vosotros.* Nadie quede excluido de oír vuestra palabra, vosotros sois las trompetas de esa ciudad, que está fundada sobre el monte, los candeleros que no han de ocultar su luz bajo el celumín, y los discípulos que han de predicar desde los tejados, lo que al oído os ha dicho vuestro Maestro. No temáis, *yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.* Mision divina y poderosa, por la que la Iglesia ha desempeñado fielmente en todo tiempo el sublime ministerio de evangelizar á los pobres el reino de Dios, fundando y abriendo escuelas para disipar su ignorancia, hospitales para remediar los males físicos, que aquejan á la humanidad, y orfanatorios para dar asilo á multitud de infelices niños, cuyas madres los adquirieron en la deshonra. Por todas partes ha pasado la religion cristiana haciendo bien, como su divino fundador y no ha habido ni hay error contra el cual no enseñe una verdad, ni tinieblas que no disipe con

los resplandores de su luz, ni lágrimas que no enjuge con sus palabras y sus obras de misericordia, ni poder temporal á que no se sobreponga, cuando este trata de interrumpir la poderosa influencia de civilizacion, de paz y de bienestar para los pueblos.

Grande, inmensa es la deuda de gratitud que hemos contraído para con esos hombres benéficos, que tantos bienes nos han hecho en representacion del Dios de amor, y en cumplimiento de la mision divina que se les confiara al asociarse á esa Iglesia, de cuyo cuerpo docente han sido dignos miembros.

Por esto, Señores, hoy vengo á nombre de esa Ilustre y Venerable Congregacion á rendir un homenaje público de admiracion, ante la tumba de uno de sus más esclarecidos miembros, el Sr. Br. D. Juan Caballero y Ocio, á quien, con mucha justicia un sabio historiador, (1) ha señalado como una de las brillantes glorias de esta ciudad de Querétaro, á quien Dios enriqueció no solo con abundantes bienes temporales; sino muy particularmente con el don de una piedad profunda, y de una caridad sin límites. No me detendré, Señores, en referiros los datos biográficos de su noble cuna, ni los distinguidos puestos, ni comisiones honoríficas que desempeñó en las Cortes, durante la época

(1) Veanse las notas al fin.

de los gobiernos vireynales, siendo secular; solamente llamaré vuestra atención acerca de los innumerables beneficios, que con pródiga mano derramó entre nuestros antepasados, y señalaré con dedo torpe los famosos monumentos, levantados al Dios de la Magestad para celebrar en ellos su nombre santo: en una palabra, os lo presentaré como el varón modelo de perfección evangélica y el tipo más perfecto de verdadera caridad.

Corría el año de mil seiscientos cincuenta y nueve, cuando un Sacerdote llamado D. Lucas Guerrero Rodea, clérigo secular de esta ciudad, se propuso comprar unos cortos terrenos con objeto de cultivarlos, prometiendo á la piadosa Madre de los mexicanos, María Santísima de Guadalupe, que: de los productos líquidos que rindiese aquella pequeña siembra de trigo, de cuyo favorable éxito con fundamento se temía por lo estéril de ellos, deducido el diezmo, le dedicaría una tercera parte, que enviaría á su Santuario para su culto. Con esta promesa parece que la Divina Señora bendijo aquel pequeño sembrado, lográndose con toda prosperidad la suertecilla de trigo, y hechas con toda exactitud las particiones, correspondieron á la Santísima Virgen quince pesos, que se guardaron para remitirlos á su Santuario. Más, el el Vicario y Juez Eclesiástico en aquella época, Lic. D. Francisco de Lepe, movido de una ins-

piración que su piedad le dictó, juzgó sería más acertado, que aquel dinero se emplease en una copia de la Sagrada Imagen que se venera en México, dictámen que no le pareció mal al Br. D. Lucas Guerrero, el cual poniéndose en camino para la capital, consiguió allí una hermosa copia de la Sagrada Imagen original, que satisfaciéndole el gusto, le aumentó á su afecto la devoción y ternura; y volviendo á su patria lleno de una complacencia inexplicable, enriqueció á esta hermosa ciudad con la posesión de un tesoro tan estimable, como era la Imagen celestial de María.

Increíble parece, que siendo Querétaro, desde su conquista, un pueblo tan cristiano, religioso y devoto, le faltase una Imagen Guadalupeana, en cuya advocación la Santísima Virgen se había querido constituir Madre dulce y cariñosa de los mexicanos; pero humillemos nuestra frente, adorando los inescrutables designios de ese Dios, que tocando con su dedo poderoso de un extremo á otro del universo, dispone las cosas con suavidad. Bien pudo rápidamente propagarse en esta ciudad, por medio de los predicadores evangélicos, el hecho prodigioso de la aparición de María Santísima de Guadalupe: muy natural era también: que después de ciento veintiocho años, que habían transcurrido desde aquel fausto suceso hasta entonces, no solo hubiese una copia de

aquella Santa Imágen, y por lo ménos una pequeña Ermita en donde se venerase, sino tambien una cordial devocion, en todos los habitantes de esta comarca, tanto más sincera y profunda, cuanto más reciente se conservaba el recuerdo de tan inmenso beneficio. Pero no debía ser así, Señores, milagrosamente se ostentó María, allá en las montañas del Tepeyac á un indio humilde y sensillo, y despues de veinticinco lustros, de un modo no ménos admirable, se dió á conocer de esta porcion de sus hijos, que hasta esa fecha no habian tenido la dicha de contemplar su rostro.

Los grandes acontecimientos no se efectuan sin atravesar antes por una serie de dificultades, más ó ménos graves, segun la naturaleza de aquellos. ¡Cuántas tuvo que vencer el piadoso Sacerdote D. Lucas Guerrero para plantear la devocion de María Santísima de Guadalupe, en esta ciudad! ¡Cuántas para sostener su culto público en un humilde altar, que provisionalmente se le franqueó, en la pequeña Iglesia del Hospital, llamada hoy San José de Gracia, por favor del Superior de los hermanos de San Hipólito! Pero todas las venció el amor y devocion tan cordiales, que profesaba á su tierna Madre María. Muy bien comprende, que la semilla para que produzca es necesario esconderla en la tierra y que pase primero por las disjintas metamórfosis á que las sábias le-

yes del Creador las sujeta para que brote, se desarrolle y rinda copioso fruto; por lo mismo, nada estraño le es pasar por todo género de humillaciones y dificultades casi invencibles, si logra conseguir el objeto que se propone. Solicita la proteccion de otros Sacerdotes seculares, que en número de diez y siete, se asocian con él, suscribiéndose con pequeñas cuotas cada uno, para atender á los gastos más precisos, que la naciente devocion requiere y comprometiéndose todos solemnemente á mantener en sí y propagar en otros la devocion de María, bajo el título de Guadalupe zanjaba los cimientos y colocaba las primeras piedras que servirian de base á una hermandad de clérigos seculares canónicamente instituida, bajo el nombre de Ilustre y Venerable Congregacion de Santa María de Guadalupe, que tendría el incomparable honor y la sin igual dicha de ser la primera Asociacion de clérigos, que unidos por los vínculos de una verdadera y fraternal caridad, se inspirasen en el corazon de tan amante Madre con sentimientos afectuosos de filial amor.

Hé aquí el origen de esta respetable Corporacion de la que me honro de ser el último de sus miembros. Hé aquí á los nuevos hijos de tan tierna y amorosa Madre, que á semejanza del pueblo de Israel son depositarios del Arca de la ley de gracia sin cuya mediacion no po-

demos salvarnos. Pero no tiene un Tabernáculo como lo tenía la antigua desde el cual muestre sus ojos de misericordia y su compasivo corazón á los que la invocaren en sus necesidades. ¿Qué hareis piadosos congregantes para proporcionarla un templo que satisfaga vuestros justos deseos? Sois pobres en elementos pecuniarios y más pobres aún porque tropezais con una dificultad insuperable de que vuestras peticiones sean atendidas favorablemente por los hombres de acomodada posición, toda vez que la experiencia enseña cuan difícil es que un rico se desprenda de lo que por otra parte tiene obligación en conciencia de dar á Dios y á los pobres.

Sin embargo, Dios jamás se muestra indiferente para atender con los recursos de su alta Providencia, á los que ponen su confianza en Él, dueño como lo es, de todos los tesoros del mundo y Señor absoluto de todos los corazones, á un llamamiento suyo ni aún la misma nada puede resistirse, y todas sus obras manifiestan la fuerza de su poder sin límites, y la economía admirable de su profundísima sabiduría. Por lo mismo, Él tomará por su cuenta esta importante empresa, como lo hiciera en otro tiempo entre los Israelitas, cuando diseñó el Area y su Tabernáculo. Él suscitará un varón fiel y prudente que en medio de sus abundantes riquezas sea un verdadero pobre de es-

píritu, y que á manera de un Salomón pacífico tenga la gloria de edificarle un templo. *¿Quis est hic et laudabimus eum?* ¿Quién será este para tributarle alabanza? Este varón ilustre, este bienhechor insigne será el Sr. Caballero y Ocio, á quien Dios designa para que prepare á su Inmaculada Madre una morada digna en medio de su pueblo, desde la cual pueda Ella exclamar llena de gozo: Yo moraré en la heredad del Señor y extenderé mis raíces entre sus escogidos. *Ego in hereditate Domini morabor et in electis meis mitte radices.* (1)

Allá en el Calvario, pendiente el Hombre-Dios del madero santo de la Cruz, fijando su mirada moribunda en su angustiada y dolorida Madre la dice: *Muger: hé ahí á tu hijo*, y tornándola despues hácia el discípulo le dice: *Hé ahí á tu Madre*. Estas palabras, en el momento que resuenan en el corazón de María, y hacen eco en el del amado discípulo, producen en Aquella entrañables afectos de maternal amor, y en éste sentimientos finísimos de filial ternura. Ahora bien, la humanidad entera representada por Juan el Evangelista es adoptada por María al pié de la Cruz: somos pues sus hijos y Ella nuestra Madre; pero Madre tan amante y solícita, que en alas de su amor volará buscando esos seres tan caros para su co-

(1) Eccli. cap. XXIV. vs. 11 y 15.

razon, á fin de prodigarles su ternura, y con ella las gracias que necesitan para su vida espiritual. No os llame pues la atencion, Señores, que, al efectuarse los adorables designios de Dios, enviando á nuestra amada pátria México, á su Augusta y Venerable Madre, la señale tambien por hijo, allá en las montañas del Tepeyac, á otro Juan, el cual á semejanza de aquel amado discípulo representará á todos los habitantes de esta Nacion, esto es, á los nuevos hijos que no conocian aún, ni mucho ménos habian disfrutado de las caricias de tan incomparable Madre.

Ni debe sorprenderos tampoco: que al darse á conocer ésta divina Señora entre los moradores de esta ciudad de Querétaro, por medio de su venerada efigie, sea otro Juan, el que la Providencia destinára para fabricarla un templo, bajo cuyas bóvedas sagradas se congregarian los levitas de la ley de gracia, para constituirse bajo sus auspicios, en una hermandad tan singularmente devota de María, y tan señaladamente benéfica para los pobres.

A la verdad, Señores, cuando repaso en mi mente todas y cada una de las circunstancias, que los datos históricos de esta ciudad nos refieren, acerca de la ereccion de este templo, de las personas que intervinieron en su obra, y de las dificultades que por todas partes surgían para llevarlo á cabo; no puedo ménos de ex-

elamar diciendo: Cuan incomprensibles son los juicios de Dios y cuan investigables sus caminos. Ni al Br. D. Lúcas Guerrero, célebre iniciador de nuestra Ilustre Congregacion, ni al Sr. Caballero de Medina, á cuya munificencia se debió la propiedad del terreno en que se fundó este templo, ni á ninguno de los otros Sacerdotes, que tanto celo desplegaron por el culto de María, les será dada la dicha de consagrarla esta casa. Esta prerrogativa sería exclusivamente tuya, oh benemérito Sacerdote, porque era precisa la intervencion de un Juan, que á imitacion de los otros dos, fuese como el representante de la nueva porcion de hijos, ministros del santuario á quienes María debía proteger bajo las alas de su amor.

Bastará solo esto, Señores, para reconocer el mérito tan distinguido del Sr. Caballero; pero ni este templo será el único que á su munificencia debamos, ni sus actos benéficos se limitarán solamente á la parte material. Recorred con vuestra vista todos los templos de esta ciudad y, con una excepcion muy corta, vereis que casi todos fueron construidos á sus expensas, unos, desde sus cimientos, otros en su mayor parte, y los demás no se concluyeron sin su cooperacion.

Pero penetremos un poco el espíritu que anima á nuestro insigne benefactor, busquemos en esa alma generosa cual es el fin que se

propone, qué objeto tienen sus heroicas obras; á dónde encamina sus pasos, y desde luego vendremos en conocimiento: que sus tendencias no tienen otra mira que la gloria de Dios, y el bien de sus semejantes. El Apóstol San Pablo enseña que: *si damos á los pobres cuanto poseemos y no tenemos caridad, nada somos.* Por lo mismo, en esta virtud, procuró siempre inspirarse comprendiendo bien: que no está el mérito de ella en lo que se dá, sino en el espíritu con que se dá, en el motivo porque se dá, y en la especie de recompensa que se espera por lo que se dá. Bajo este concepto solo la Iglesia es la única depositaria de esta virtud. De ella pues, aprendiste ¡oh apóstol de la caridad! á adoptar por hijos á los pobres, á reconocer por hermanos tuyos á todos los hombres, y á reputar como propias las miserias y desgracias, de esa porcion desvalida, que de continuo te rodeaba. Y al extender sobre ellos tu compasiva mano para participarles de los bienes de que Dios tan abundantemente te colmó, tu corazón, semejante al suyo, se dilata á presencia de ese fuego divino que le consume, exclamando: *Para tí, oh Señor, la gloria, para mis hermanos el bien y para mí la indulgencia.*

¡Quién pudiera, Señores, formar el digno elogio de varón tan esclarecido! Pasma causa verdaderamente leer lo que un docto historiador escribió acerca de las limosnas que repar-

tió mientras vivió, y de las que dejó despues de su muerte para que se repartieran por manos del tesorero de la Muy Ilustre y Venerable Congregacion. ¿Y si la más pequeña obra de caridad hecha á uno de nuestros prójimos, tiene por recompensa el cielo, si el que la practica es considerado el mayor y más santo delante de Dios, si el misericordioso alcanza indulgencia ante el trono de la Misericordia? deducid, Señores ¿cuál sea el que, piadosamente juzgando, haya obtenido el que fué el Padre de los pobres; el asilo de los huérfanos, el amparo de las Religiosas, el promotor de los divinos cultos, el refugio de los Conventos, el Propagador de muchas Misiones y el fomento de los estudios? Tan caritativo como humilde, jamás aceptó los títulos honoríficos con que le condecoró el Rey de España en el fuero civil, ni en la gerarquía Eclesiástica, las encumbradas dignidades con que se empeñó en agraciarlo. Por el contrario, amó tanto la humildad, que su mayor complacencia la tenía en tratar con los pobres, en servirles en lo que le ocupáran, con la mayor generosidad, y llevar una *vida escondida en Cristo*, desprendiéndose por último hasta de los muebles de su uso particular, ocho años antes de su muerte, reservándose solamente un Crucifijo y una mesa que tenía en su aposento.

Así cumpliste al pié de la letra, Varón per-

fecto el consejo de tu Divino Maestro: riquezas, honores, dignidades, todo lo reputas como *vil y despreciable* cieno con tal de ganar á *Jesucristo*. Seguiste sus huellas abrazando el Estado del Sacerdocio, é imitándole como tu modelo; pero especialmente en la caridad. Por eso Dios te premió aquí, multiplicando prodigiosamente tus riquezas; pues solo así se explica que hayas podido distribuir tanta gruesa de limosnas, que el guarismo no pudo computar, y en el cielo con una corona que ceñirá tu frente por toda la eternidad. *Fecit enim mirabilia in vita sua.*

Murió este benemérito Sacerdote el día once de Abril de mil setecientos siete á los sesenta y tres años de edad, fué sepultado su cadáver en la Santa Casa de Loreto, mandando poner por epitafio estas breves palabras: *Haec requies mea.* Este es mi descanso.

Sobre su tumba bañada entónces con las copiosas lágrimas de una multitud del pueblo, que llora la muerte de su amado Padre, el Sacerdote protegido, la vírgen del claustro dotada, la modesta y pobre doncella socorrida, la afligida viuda alimentada, el desvalido huérfano amparado, y el decrepito anciano sostenido; colocan una flor, ofrenda humilde; pero altamente significativa del reconocimiento profundo y de su eterna gratitud.

En este venerable Sacerdote habeis visto ya,

el tipo más perfecto del espíritu de la Religion, espíritu benéfico, que cual nube fecunda derrama el saludable rocío sobre tierra árida y pedregosa, ofreciendo á cada paso variedad de instituciones para atender á la diversidad de necesidades, á que se vé sujeta la parte más débil y desgraciada de la humanidad, haciendo que broten aún en los paises menos dóciles á su influencia, rios de consuelo para los que lloran y padecen. Registrad la historia, leedla sin las prevenciones que ha creado el espíritu anticatólico, y os convencereis de que la Iglesia nunca ha dejado de dilatar las entrañas de su amor, evangelizando á los pobres el reino de Dios, y enseñándoles los caminos que conducen hasta su entrada. El precepto de *enseñar á todas las gentes*, que recibió de su Divino Fundador, ha sido tan rigurosamente cumplido, que se creyó desde un principio en la obligacion de constituirse no solo maestra de la fé, sino depositaria de la ciencia humana, que tanto había de servirla para la defensa del dogma combatido por los filósofos, y por los herejes, y para la conservacion de la misma ciencia, tan comprometida desde que admite el error y lo propaga. Aún vemos todavía en muchos pueblos unidas las escuelas á la misma Iglesia, recuerdo glorioso de los tiempos antiguos, en que cuidaba ella de la enseñanza pública para trasmitirla á todas las clases socia-



les; pero con preferencia á los pobres, á quienes considerara como sus predilectos hijos. Seminarios, colegios, escuelas de artes y oficios, hospitales y otras casas de beneficencia; hé aquí los frutos de ese grano de su civilizacion, que ha sembrado en las más apartadas regiones, á donde no ha podido llegar la planta de los que se llaman sábios, filántropos, y amigos de las luces; porque no son capaces de cambiar su familia, su pátria y sus riquezas por las privaciones, trabajos y martirios, á que se someten de buena voluntad los misioneros, que no buscan otra recompensa que el cielo. Escribir libros y folletos, y proclamar la fraternidad desde un gabinete, donde abundan las comodidades, es cosa bastante sencilla; pero renunciar hasta la misma vida para hacer que llegue hasta los salvajes el reino de Dios y cambiarles la ferocidad de sus sentimientos brutales por la mansedumbre y humildad evangélicas, esta heroicidad es exclusivamente propia de varones apostólicos, que ella forma en su seno.

Haced justicia á la Iglesia, vosotros los que tanto aborreceis su institucion, confesad, si quiera sea por honra de esa civilizacion de que tanto blasonais, que ella es la que ha cambiado la faz del mundo con la enseñanza de una doctrina divina, que transforma á los hombres de seres degradados por sus errores y sus vicios, en hombres cristianos, generosos é ilus-

trados, y que es la única que incesantemente ha trabajado por el bienestar y prosperidad de las naciones.

Y tú, Sacerdote ilustre, dignate aceptar desde ese trono en que hoy habitas en la mansion de paz, los sentimientos justos de gratitud y de alabanza á que te hiciste acreedor por tus virtudes, y que de lo íntimo de su corazon te dedica Nuestro Dignísimo Prelado, como Prefecto de esta Venerable Congregacion. Jamás olvidarémos que al celo ardiente por la gloria de Dios y fervorosa devocion que profesaste á Nuestra dulce y amante Madre María de Guadalupe, debemos este templo que con tanta generosidad nos legaste. ¿Quién empañará esa gloria que tuviste de haber erigido el segundo templo á la Exelsa Madre de los Mexicanos? ¿Quién podrá disputar el mérito que adquiriste como instrumento de que Dios quiso valerse para hacer brillar su gloria entre nosotros? Empero, la justicia de Dios es inescrutable y si por algunas imperfecciones propias de la miseria humana, tu alma aún permanece en el lugar de la expiacion, haz Dios mio que el sacrificio augusto de valor infinito, ofrecido hace pocos momentos sobre el altar, á su memoria, sea el principio de su bienaventuranza y de su reposo eterno. Así sea.